

ENTRE BAMBÚES

Sergio Soto

Habíamos convivido semanas, quizá meses. Ahora se movía una cortina de la estancia y sabía que andaba ahí. Me aproximé y se quedó quieta como si no existiera... Para luego, repentinamente otra vez, correr y lucir su tamaño y velocidad. Me daba miedo y asco, pero a estas alturas estaba decidido a alcanzarla. Podía estar en las recámaras, en la jardinera o en cualquier closet. Después de apagar luces y acostarme, a veces entre sueños o al despertar, trataba de imaginar su paradero como el de Sofía, que una o dos semanas antes había afirmado que se iba para siempre.

Pude verla en tres o cuatro ocasiones, pero, a pesar de sus diminutas patas, sólo perseguía un bulto que me sacaba ventaja y lograba ocultarse. Una vez, abajo de una puerta, vi algo parecido a un cordón y supe que era ella; me acerqué evitando hacer ruido y pisé con fuerza escuchando sus agudos chillidos y golpes... Cesó la gresca, abrí y sólo hallé parte de su cola y sangre en el suelo.

Rompí una escoba y empecé a sacarle punta. Sofía seguramente andaría acostándose con otros desenfadadamente. Me fui a dormir contrariado y nervioso... Sabía que podía estar en cualquier rincón, atrás de un librero o un sillón. La soñé y desperté.

Pasaron noches y días en que seguí recordando a Sofía y, de golpe, pensando en ella, oí que se agitaban papeles en el estudio. Estaba ahí, lo presentía; tomé un plumero cercano y empecé a clavarlo entre periódicos y revistas hasta que palpé su cuerpo y se zafó de entre mi pierna y la pared.

Terminé de afilar el palo de escoba y resolví cazarla. Sofía juró que era el final y que jamás seríamos amigos. Escuché un ruido, busqué el palo y cuando acudí no encontré vestigio alguno. Procuré acompañarme del palo como si fuera un

bastón. Sofía alguna vez me dijo “¡Eres un roedor!”...

Me servía una copa recordándola, cuando advertí que algo se meneaba entre los bambúes de la jardinera. Invertí el báculo y procuré acercarme en diagonal atropellando plantas; calculé que retrocedió hacia la esquina, empujé y arranqué bambúes que estorbaban hasta verla encogida, al acecho. Hice un movimiento para ocupar el centro y embistió. Pensé que podía meterse por el pantalón y di un paso atrás. Supuse que Sofía no se acordaba de mí. Aventé el primer lanzazo y brincó atacándome; piqué en falso quizá dos o tres veces hasta que, decidida, se arrojó y logré ensartarla en un costado. Empujé echando todo el peso de mi cuerpo y la vi girar rabiosa, evocando palabras de Sofía: “¡Nunca podrás hacerme nada!” ♦

